PINO

¡EMPIEZA LA BATALLA!

DESTINO

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
© Editorial Planeta, S.A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Realización y versión final del texto: Delivering iBooks & Design
© de las ilustraciones: Javier Pajuelo, 2019
© Darwin Rodríguez Piñeiro, 2019

Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-08-20204-2
Depósito legal: B. 138-2019
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

FORTALEZA NOCTURNA

—**¡¿Qué pasa, colgauuuuus?!**

—¡¡¡Darwin!!! ¿No estarás grabando un vídeo? Quedamos en que hoy no, mañana tienes el examen de mates... —sonó a lo lejos una voz con tono de enfado.

—Ehm... No, mamá, solo estaba haciendo una pequeña prueba —se excusó rápidamente Darwin.

«¡¡¡Maldita sea!!!», pensó. Aquella tarde, Darwin había quedado con los colegas del escuadrón para jugar a la que sería la partida del siglo del mejor juego del planeta de todos los tiempos: **Fortaleza Nocturna**.

Eran apenas las cinco de la tarde y faltaba media hora para que los Colgaus se reunieran en la isla para arrasar con los sleepers, los zombis más repugnantes del planeta, y poder llegar a Pandemónium.

—Darwin... —lo llamó Ares, sacándolo de su empane.

—¿Qué? —preguntó Darwin a su hermano pequeño con poco entusiasmo—. ¿No ves que tengo que empollar?

—¿Y no vas a jugar?

—No puedo, tengo que hacer caso a mamá y aprenderme todos esos rollos de números.

—Pero ¿y si jugamos un poquitín? Vaaaaa... Vengaaaaaaaa... Solo hasta fulminar a algunos sleepers...

—**¡Te he dicho que no, Ares!** Vete a tu habitación y no me molestes más —le espetó enfadado.

Ares salió farfullando palabras que solo él entendía. Él también iba a jugar y estaba muy ilusionado con la nueva dermis que por fin estrenaría en aquella partida. Se despachurró en la cama y comenzó a imaginarse cómo sería: un arquero medieval. Pero apenas había

podido pensar en qué tipo de traje escogería cuando apareció Darwin por la puerta con una sonrisilla maliciosa.

—¡Darwin! ¿Sí? ¿Jugamos? —chilló Ares al verlo, pegando un gran salto de la cama.

—¡¡Chissss!! ¡¡Calla, chaval!! ¿No ves que si gritas como un cochino mamá se dará cuenta de que no estoy en mi cuarto?

—Perdona, perdona —se excusó Ares, arrepintiéndose de inmediato de su arrebato incontrolado.

—Espabila, que vamos a darles a los sleepers como si no hubiese un mañana. **¡La vamos a liar parda!** —dijo Darwin mientras se pasaba la mano por su recién estrenado tupé azul: el amuleto que le daría la suerte para triunfar, estaba seguro.

Darwin encendió el ordenador, cargó el juego, se vistió con su dermis —un caballero encapuchado con un gran tupé— y abrió el mapa. En él apareció el dirigible que lo llevaría a la siguiente misión. Pero entonces...

—**¡Darwin!, y yo ¿qué?** —se quejó Ares.

—Ah, sí, claro. Ahora te cargo... Querías la dermis del arquero, ¿verdad?

—¡¡Sí!!

Apenas habían aterrizado en el campo de juego cuando, de pronto, la pantalla del ordenador se fundió en negro.

—**¡Noooooooo!** Pero ¡¿qué ha pasado?! —se quejó Darwin.

—Mamá nos ha dejado sin corriente, ¡estoy seguro!

—¿De verdad? No nos ha echado la bronca. Voy a mirar el enchufe —dijo Darwin agachándose bajo el escritorio y desenchufando y volviendo a enchufar el ordenador—. ¿Se enciende?

Silencio.

—Ares, dime si se enciende o no... **¡¡Ares, contéstame!!**

Más silencio, hasta que...

—**Dar... Dar... Dar...** —apenas pudo tartamudear.

—¿Es una nueva canción? —le preguntó Pino, divertido—. Daaaar... Daaaar... Daaaar... ¡Suena bien!

—¡¡¡Darwin!!! ¡¡¡Mi... mi... mi... mira!!! —chilló Ares.

—¿Qué pa...?

Pero no pudo acabar la frase. Al incorporarse, Darwin pudo ver cómo varios rayos salían de la pantalla del ordenador —«Como los del Tornado», pensó—, y poco a poco iban invadiendo la habitación. Los dos chavales se habían quedado petrificados y no daban crédito a lo que veían. Sin poder reaccionar, las luces comenzaron a alcanzar sus cuerpos,

que, súbitamente, quedaron suspendidos en el aire.

—¡¡¡Ahhhhhhh!!! —gritaba Ares.

—¡¡¡Ehhhhhhh!!! —chillaba Darwin.

Una fuerza los empujaba hacia la pantalla que, de pronto, se los tragó.

¡¡Buuuummm!! El estruendo que hicieron al caer en medio de un bosque fue de órdago. Desde el suelo veían un montón de piernas que iban de acá para allá y oían gritos en idiomas irreconocibles.

—Darwin, ¿qué haces con la dermis? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado? —preguntó desconcertado Ares en cuanto pudo recuperarse del batacazo.

—Debemos de estar soñando. Este sitio me suena. Es... es... ¿Fortaleza Nocturna?

—Sí, claro, y yo llevo mi nueva dermis si te parece —ironizó Ares.

—¡Pues sí, la llevas! ¡Mírate!

—¡¡Aaaaaaahhhhhh!! ¡¡Y tú también tienes la tuya!!

—Bueno, bueno, ¡cálmate! Sea lo que sea lo que ha pasado, lo que tenemos que hacer ahora es salir de este lío. ¡Mira! Por allí vienen un montón de sleepers y no tenemos cargadas las armas, así que lo mejor que podemos hacer es... **¡¡HUIR!!**

Los dos chavales salieron corriendo hacia unas rocas, detrás de las cuales se refugiaron. Esperaban poder ganar el tiempo suficiente como para reponerse y sobre todo **cargar las armas**. De pronto, una luz cegadora los sorprendió. A lo lejos llegaron a distinguir la figura de una persona que fulminó a todos los **sleepers**.

A los pocos segundos, la luz se fue haciendo más suave hasta que finalmente desapareció. Una mujer albina, con el cabello recogido en una cola alta, se acercaba a donde se encontraban los chavales. Llevaba un traje blanco de guerrera e iba cargada con un montón de armas.

—Ya podéis salir de vuestro escondite —les indicó.

—**¿Nos lo dice a nosotros?** —preguntó Ares mirando de un lado a otro, buscando a

otras personas a las que aquella misteriosa mujer pudiera dirigirse.

—Sí, a ti, Ares, y a Pino también. A los dos.

Aun sin estar convencidos del todo, los hermanos se levantaron y con paso vacilante se acercaron a la mujer.

—Mi nombre es **White Warrior**, pero me podéis llamar White simplemente —se presentó ella—. Lo primero que tengo que pediros es que me disculpéis por haberos traído hasta aquí de una manera... digamos...

—¿Desastrosa? —le espetó Darwin.

—Sí, desastrosa, tienes razón, pero no tenía otra forma de hacerlo.

—Un momento, un momento —intervino ansioso Ares—. **Que no me estoy enterando de nada.** Has dicho «traído», pero ¿a dónde? ¿A este sueño? Por cierto, ¿es un sueño tuyo, mío o de Darwin? A mí me gustaría que fuera mío, la verdad, así podría hacer lo que me diera la gana. ¡Este es un pedazo de sueño!

—¡Ja, ja, ja! —rio White—. No, Ares, no se trata de ningún sueño, créeme. Ni mío, ni tuyo ni de Pino. ¿No os habéis dado cuenta aún? Estamos en Fortaleza Nocturna, en el juego.

—Y ¿cómo es posible? Y sobre todo: ¿por qué?, ¿qué estamos haciendo aquí? —le inquirió un tanto molesto Pino.

—Entiendo tu disgusto, Pino, y os pido que me escuchéis antes de nada.

White explicó a Pino y a Ares que ella era la líder de la Resistencia de Fortaleza Nocturna, y que **Roiter, el malvado player**, estaba acabando con su pueblo.

—Sí, he oído hablar de él —recordó Pino—: el hacker que quiere fulminar todo este tinglado. Nadie sabe quién es fuera del juego, pero si no lo detienen, podría fundirnos a todos. He oído también que recibe su poder directamente del Tornado.

—Sí, Pino, así es. Tiene bajo su control a todos los **sleepers** y, si no hacemos algo para remediarlo, mi pueblo y el resto de nuestro mundo **desaparecerán para siempre** —les advirtió la mujer con tono grave—. Sabemos cómo detenerlo. Y por eso me he visto obligada a traeros aquí.

—Pero ¿cómo has podido hacerlo? Traernos aquí, digo. **Es realmente alucinante** —preguntó Ares, pellizcándose en un brazo:

todavía no tenía muy claro que aquello no fuese su sueño.

—¿Sabéis los bordes dimensionales que usamos aquí para viajar de un lugar a otro? —Los dos chicos asintieron—. Pues bien, he logrado que uno de esos bordes conecte con vuestra realidad. En verdad, todo esto tiene más que ver con la mecánica cuántica y la hipótesis física de los universos paralelos.

—**Bla, bla, bla...** —la interrumpió Ares—. Al lío: ¿para qué estamos aquí?

—Tienes razón, Ares —contestó White—, no podemos perder más tiempo. Debéis derrotar a Roiter, sobre todo tú, Pino. Según nuestros análisis de la materia, tu ADN es el indicado para manejar el **Arma Total**, la única que puede derrotar a Roiter. Una vez consigamos esto, la partida podrá acabar y lograremos abrir el mismo borde dimensional que os trajo aquí para que volváis a vuestro mundo.

—¿Quieres decir que o ganamos la partida, venciendo a Roiter, o no podremos volver a casa? —preguntó Pino, asombrado.

—Así es.

—**Pero ¿cómo lo haremos?**